DESCUBRIENDO
EL VERDADERO SENTIDO DE LA CONFIANZA

Del santo Evangelio según san Lucas 12, 32-48

En aquel tiempo, dijo Jesús a sus discípulos: «No temas, pequeño rebaño, porque vuestro Padre ha tenido a bien daros el reino.
Vended vuestros bienes y dad limosna; haceos bolsas que no se estropeen, y un tesoro inagotable en el cielo, adonde no se acercan los ladrones ni roe la polilla. Porque donde está vuestro tesoro allí estará también vuestro corazón.
Tened ceñida vuestra cintura y encendidas las lámparas. Vosotros estad como los hombres que aguardan a que su señor vuelva de la boda, para abrirle apenas venga y llame.
Bienaventurados aquellos criados a quienes el señor, al llegar, los encuentre en vela; en verdad os digo que se ceñirá, los hará sentar a la mesa y, acercándose, les irá sirviendo.
Y, si llega a la segunda vigilia o a la tercera y los encuentra así, bienaventurados ellos.
Comprended que si supiera el dueño de casa a qué hora viene el ladrón, velaría y no le dejaría abrir un boquete en casa.
Lo mismo vosotros, estad preparados, porque a la hora que menos penséis viene el Hijo del hombre».
Pedro le dijo: «Señor, ¿dices esta parábola por nosotros o por todos?»
El Señor le respondió: «¿Quién es el administrador fiel y prudente a quien el señor pondrá al frente de su servidumbre para que les reparta la ración de alimento a sus horas?
Bienaventurado aquel criado a quien su señor, al llegar, lo encuentre portándose así. En verdad os digo que lo pondrá al frente de todos sus bienes.
Pero si aquel criado dijese para sus adentros: "Mi señor tarda en llegar", y empieza a pegarles a los criados y criadas, a comer y beber y emborracharse, vendrá el señor de ese criado el día que no espera y a la hora que no sabe y lo castigará con rigor, y le hará compartir la suerte de los que no son fieles.
El criado que, conociendo la voluntad de su señor, no se prepara ni obra de acuerdo con su voluntad, recibirá muchos azotes; pero el que, sin conocerla, ha hecho algo digno de azotes, recibirá menos.
Al que mucho se le dio, mucho se le reclamará; al que mucho se le confió, más aún se le pedirá».

El texto de este domingo es difícil de entender, porque forma parte de un amplio contexto, que empezaba el domingo pasado con la petición de uno a Jesús: “dile a mi hermano que reparta conmigo la herencia”.

A partir de ahí, Lucas propone una larga conversación con los discípulos que comprende 35 versículos. Abarca diversos temas que no es fácil conectar. Se necesitaría ir tratando uno por uno, lo que es imposible en el marco de una homilía.

Naturalmente se trata de pensamientos dispersos que el evangelista organiza a su manera para ir aclarando las exigencias de Jesús.

Se trata de la manera de ver la vida de la primera comunidad, como lo demuestra la conciencia de ser un pequeño rebaño.

Que el texto utilice a veces, el lenguaje escatológico nos puede despistar un poco. También el que nos hable de talegos o tesoros en el cielo que nadie puede robar, o que Dios llegará como un ladrón en la noche, nos puede confundir.

A nosotros hoy no nos serviría de nada un dios que viniera a pedirnos cuentas a la hora de nuestra muerte, después de habernos abandonado a nuestra suerte durante toda la vida. Hemos superado la idea de un dios mítico que actúa desde fuera y condicionado por nuestras acciones.

El domingo pasado se nos pedía no poner la **confianza** en las riquezas, hoy se nos dice en quién hay que poner la confianza para que sea auténtica.

No en un dios todopoderoso externo, sino en el hombre creado a su imagen y que tiene al mismo Dios como fundamento.

No es pues, cuestión de **actos** de fe, sino afianzamiento en una **actitud** que debe atravesar toda nuestra vida. Confiadamente, tenemos que poner en marcha todos los recursos de nuestro ser, conscientes de que Dios actúa sólo a través de sus criaturas, y que sólo a través de cada una de ellas la creación va adelante. Ayúdate y Dios te ayudará.

Se trata de estar siempre en actitud de búsqueda. Más que en vela, yo diría que hay que **estar despiertos**. No porque puede llegar el juicio cuando menos lo esperemos, sino porque la toma de conciencia de la realidad que somos, exige una atención a lo que está más allá de los sentidos y no es nada fácil de descubrir. El tesoro está escondido, y hay que “trabajar” para descubrirlo.

No se trata de confiar en lo que nosotros podemos alcanzar, sino en que Dios ya nos lo ha dado todo. Ha sido Dios el primero que ha confiado en nosotros en el momento en que ha decidido darse él mismo sin limitación ni restricción alguna. La única condición es que nosotros mismos descubramos ese don y vivamos de él

Si de verdad hemos descubierto el tesoro que es Dios, no hay lugar para el temor.

A las instituciones y a las personas que las dirigen no les interesa para nada la idea de un Dios que da plena autonomía al ser humano, porque no admite intermediarios ni manipulaciones. Para ellos es mucho más útil la idea de un dios que premia y castiga, porque en nombre de ese dios pueden controlar a las personas.

La mejor manera de conseguir sometimiento es el miedo. Eso lo sabe muy bien cualquier autoridad. El miedo paraliza a la persona, que inmediatamente tiene necesidad de alguien que le ofrece su ayuda, para poder conseguir con gran esfuerzo, aquello que ya poseían plenamente antes de tener miedo.

Cuentan que una madre empezó a meter miedo de la oscuridad a su hijo pequeño. El objetivo era que no llegara nunca tarde a casa. Con el tiempo, el niño fue incapaz de andar solo en la noche. Eso le impedía una serie de actividades que hacía muy difícil desarrollar su vida. Entonces la madre, fabricó un amuleto y dijo al niño: esto te protegerá de la oscuridad. El niño convencido, empezó a caminar en la noche sin

ningún problema, confiando en el amuleto que llevaba colgado del cuello. ¡Sin comentario!

Para descubrir el sentido de esa confianza, tenemos que descubrir los errores que hemos desarrollado sobre lo que Dios es.

No se trata de un ser externo en el que deba confiar. Está en mi propio ser, en lo que tiene de fundamento, y me proporciona todas las posibilidades desde dentro de mí mismo. Esto es lo que significa: "vuestro Padre ha tenido a bien daros el Reino".

El dios araña que necesita chupar la sangre al ser humano para salvar su trascendencia, no es el Dios de Jesús.

El dios del que depende caprichosamente mi fututo, no es el Dios de Jesús.

El dios que me colmará de favores cuando yo haya cumplido la Ley, no es el Dios de Jesús.

El Dios de Jesús es **don** total, incondicional y permanente.

Esto es lo que nos tiene que llevar a la más absoluta confianza. Ni siquiera depende de mí lo que Dios me da en todo instante. La fe consiste en fiarse absolutamente de ese Dios.

El Padre ha tenido a bien confiaros el Reino. Este es el punto de partida. No tengáis miedo, estad preparados, etc., depende de esta verdad.

Si el **Reino** es el tesoro encontrado, nada ni nadie puede apartarme de él. Todo lo que no sea esa realidad absoluta, que ya poseo, se convierte en calderilla. Nuestra tarea será descubrir el tesoro, todo lo demás vendrá espontáneamente.

El Reino es **el mismo Dios escondido en lo más hondo de mi ser.** Él es la mayor riqueza para todo ser humano. Todos los demás valores que puedo encontrar en mi vida, deben estar subordinados al valor supremo que es el Reino.

Esa fe-confianza, falta de miedo, **no es para un futuro** en el más allá. No se trata de que Dios me dé algún día lo que ahora echo de menos. Esta es la gran trampa que utilizan los intermediarios.

A ver si me entendéis bien: Dios no tiene futuro. **Es un continuo presente**. Ese presente es el que tengo que descubrir y en él lo encontraré todo. No se trata de esperar a que Dios me dé tal o cual cosa dentro de unos meses o unos años. El colmo del desatino es esperar que me dé, después de la muerte, lo que no quiso darme aquí.

La **idea** que tenemos de una vida futura, desnaturaliza la vida presente hasta dejarla reducida a una incómoda sala de espera. La preocupación por un más allá, nos impide vivir en plenitud el más acá. La vida presente tiene pleno sentido por sí misma.

Lo que proyectamos para el futuro, **está ya aquí y ahora, a nuestro alcance**. Aquí y ahora, puedo vivir la eternidad, puesto que puedo conectar con lo que hay de Dios en mí. Aquí y ahora puedo alcanzar mi plenitud, porque teniendo a Dios lo tengo todo al alcance de la mano.

La esperanza cristiana no se basa en lo que Dios me dará, sino en que sea capaz de **descubrir** lo que Dios me está dando.

Para que llegue a mí lo que espero, Dios no tiene que hacer nada, ya lo está haciendo. Yo soy el que tiene mucho que hacer, pero en el sentido de **tomar conciencia** y vivir la verdadera realidad que hay en mí.

Por eso hay que estar despiertos. Por eso no podemos pasar la vida dormidos. Por eso tenemos que vivir el momento presente, porque cualquier momento es el definitivo, porque en un momento, puedo dar el paso a la experiencia cumbre. Ese sería el momento definitivo de mi vida.

Demostramos falta de confianza y exceso de miedos, cuando buscamos a toda costa seguridades, sea en el más acá o sea para el más allá.

El miedo nos impide vivir el presente y nos atenaza para esperar el futuro. En realidad sólo vivimos cuando perdemos el miedo.

Debemos caminar aunque no tenemos controlado ni el camino ni la meta. Pablo nos acaba de decir que Abrahán salió sin saber a dónde iba. Nietzsche dijo:
“Nunca ha llegado el hombre más lejos que cuando no sabía a donde le llevaban sus pasos”.

Nunca podremos saber cual es nuestra meta, hasta que no la alcancemos. O tal vez diríamos mejor, que no hay meta en el futuro del ser humano. Mientras más se acerca a la plenitud un ser humano, más vasto es el horizonte de plenitud que se le abre.

Esto que en sí mismo es un don increíble, a veces lleva a la desesperanza, porque la vida humana es siempre un comienzo, un volver a empezar, que puede llegar a ponernos nerviosos, por eso la necesidad de confiar, de fiarse de Otro. Esa fe-confianza no es para después, sino para este instante.

La raíz de todos los miedos es el miedo a la muerte. Feuerbach, el primer filósofo de la sospecha, llegó a decir:
“Si el hombre no tuviera que morir, no habría religión”.

Tenía toda la razón si entendemos la religión como un intento de contrarrestar el miedo a partir de promesas por parte de un dios tapa agujeros. Lo malo es que la inmensa mayoría de los cristianos la entendemos así.

Jesús demostró que no tenía miedo a la muerte y sin embargo fue el hombre más religioso. La feroz crítica que estos filósofos hicieron a Dios y a la religión era completamente acertada, porque partían de una idea de Dios manipulada, que lo único que pretendía era empequeñecer al ser humano hasta hundirlo en la miseria de su nada.

La eucaristía como sacramento, hace presente una **realidad** que está siempre en nosotros, aunque oculta: la presencia de Dios como don total que me capacita para darme totalmente y alcanzar de ese modo mi plenitud.

Está viniendo siempre, porque está en lo más íntimo de mí mismo, y puedo ir descubriéndolo en cada instante. Cada instante que pasa sin descubrirlo es tiempo perdido.

La eucaristía es el sacramento del amor y la unidad que son la base de todas las posibilidades de ser plenamente humano. El signo que realizamos no añade nada a mi ser, pero lo necesito para descubrir lo que hay en mí.

Meditación-contemplación

“No temas, porque Dios te ha dado el Reino”.
Si no has descubierto esto, toda religión será inútil para ti.
El único objetivo de toda religión debería ser llevarte al interior,
donde te encontrarás con el mismo Dios como centro de tu ser.
.....

Una vez descubierto el tesoro, sabrás que todo lo demás es arena.
No te costará ningún esfuerzo poner en él tu corazón
y apartarlo de **todo** lo que no es auténtico,
por muy atrayente y reluciente que aparezca.
.....

Antes de descubrirlo, la confianza es imprescindible.
Nadie tira por la borda las seguridades,
si antes no encuentra la total seguridad.
Muchas veces te han dicho que tienes que vender todo lo que tienes.
Pero la realidad es muy tozuda. Nadie da todo por nada.